

## IX.

### UNA VISITA AL CORONEL SELVES Y A CLOT-BEY.

Habiendo sabido Mr. Taylor el regreso del virey á Alejandria, partió para aquella ciudad, y nos dejó en el Cairo para hacer los preparativos de nuestro viaje al Sinai.

Gracias al maravilloso instinto topográfico de los Parisienses, comenzábamos á conocer el Cairo como si hubiésemos nacido en él; el traje musulman que llevábamos, debo decirlo á pesar de mi modestia, con una dignidad completamente oriental, nos abria todas las puertas, aun las de las mezquitas: á estas era nuestro paseo habitual. Las mezquitas son los oasis de la ciudad: en ellas se encuentra fresca, agua, sombra, árboles y pájaros. Y además de todo esto, algunos poetas árabes que van á comentar en los intervalos de la oracion los versículos del Koran, y cuyos cánticos entretienen á piadosos desocupados que viven descuidadamente tendidos bajo los floridos naranjos; agradábanos aquella voz monótona y cadenciosa del muezzin, que mientras es joven sube á lo mas alto de su madeneh, y con su grifo religioso convoca á todo el pueblo á la oracion; despues, á medida que va teniendo mas años, desciende un piso y baja la voz, hasta que, anciano débil, no puede llegar mas que á la ga-

lería menos elevada, de donde no se hace oír mas que de los que pasan por la calle.

Frecuentemente nos encontrábamos en las mezquitas á la hora de las abluciones, y tomábamos parte en aquellos deberes religiosos como verdaderos musulmanes: hubiérase creído al ver el fervor religioso con que metíamos la nariz y las manos en el agua, que llegábamos de Medina ó de la Meca, las ciudades santas. Terminada aquella ceremonia, se verificaba una cosa que nos divertia mucho: era que al salir, cada uno reconocia su propiedad: todo musulman que entra en una mezquita deja su calzado á la puerta, de modo que siempre en esa ocasion se reunia allí una verdadera montaña de babuchas de todas hechuras y colores. Figúrese el lector la salida de nuestros bailes, donde cada uno coge, no su sombrero, sino el mejor sombrero que encuentra; y así sucede con las babuchas; era un saqueo donde ni siquiera se tomaban el trabajo de casar los colores; todos se volvian calzados de distinto modo que habian ido. Los devotos exagerados se volvian descalzos completamente, porque los que estaban muy quejosos de lo que se les habia dejado, compensaban en la cantidad el defecto en la calidad, y se escapaban con cuatro chinelas: dos en los piés, y dos en las manos.

Compréndese, por lo demás, cuán frecuente y variado puede ser este placer en una poblacion como el Cairo, donde en una sola calle contamos hasta sesenta mezquitas. Dibujamos sucesivamente los mas notables de aquellos templos; la gigantesca mezquita del sultan Hassan, á donde se retiraron los insurgentes en el levantamiento del Cairo, y donde fueron derrotados con la caballería y la artillería; la mezquita de Mahomet-Bey, cuya cúpula está sostenida por columnas llevadas de la antigua Menfis; Mu-Rustam, enriquecida con preciosos mosaicos, maravillosos recuerdos del arte en los siglos XI y XII; Habounn, cuyos pilares cuadrados están revestidos hasta el capitel de un maqueado de brillantes colores; Sultan Hourí con sus ricos techos de arabescos ingeniosamente enlazados, y pintados con una coquetería encan-

tadora; y en fin, Tailoun, fundada por el conquistador que le dió su nombre; esta se ha hecho entre las demás, muy venerable para los Arabes, que hacen allí oracion mejor que en ninguna otra, y es muy curiosa para los extranjeros, á los que se presenta con su fecha del siglo IX, su prodigiosa extension, su madeneh rodeado de una escalera exterior que produce un efecto de los mas pintorescos.

Diseñando lo interior de esta última, faltó poco para que fuese yo, para los asistentes á ella, objeto del mayor escándalo. Como los cristianos no pueden penetrar en las mezquitas sino exponiéndose á un castigo, que generalmente se deja á la eleccion de los que le sorprenden en ella; como por otra parte pocos musulmanes se dedican á la pintura, siempre que hacíamos un dibujo teníamos la precaucion de escoger el momento en que la mezquita estaba, si no desierta, al menos ocupada solamente por despiertos aletargados, que continuaban el sueño del opio tendidos bajo algun naranjo florido, ó poetas que absortos en la interpretacion del Koran, ó admirándose á sí mismos, no fijaban su atencion en nosotros. Entonces sacaba yo de mi cinturon, además de mis enseres de dibujo, una hoja de papel cubierta de caracteres árabes, y me ponía á trabajar. Si oía aproximarse á mí pasos lánguidos y mesurados, cubria mi empezado dibujo con la hoja escrita; el musulman al pasar nos dirigia una oblicua mirada, y viendo lo escrito nos tomaba por copistas ó poetas, y se alejaba deseándonos ánimo ó inspiracion, segun que pensaba era nuestra mano ó nuestra cabeza la que trabajaba. Un dia, sin duda estaba yo tan profundamente absorto en la contemplacion de mi obra, que no oí aproximarse uno de los mas devotos concurrentes á la mezquita; de repente vi una sombra que se interponia entre la luz y yo; instintivamente saqué mi página escrita, pero era demasiado tarde: el santo hombre habia visto el diseño, y me reconoció por un franco. Este descubrimiento le inspiró tal horror, que huyó hácia una de las puertas interiores dando desaforados gritos; no perdí tiempo, metí en el cinturon mi dibujo, mi lápiz y mi página escrita, calculando que puesto que él corría en un

lugar santo, bien podia yo correr tambien; gane la puerta exterior, donde no me tomé el trabajo de reconocer mis chinelas, me puse las dos primeras que me vinieron á las manos, y me interné por las calles inmediatas, donde ya no supe lo que era de mi perseguidor.

Sin embargo, apenas acababa de librarme del martirio de san Estéban, pensé caer en el de san Lorenzo: habia fuego en una casa del barrio franco, y como yo veia correr hácia aquel lado, y tenia mis razones que conocia perfectamente para apresurar el paso, y además aquella direccion me aproximaba al parador, seguí á los demás. No tardamos en llegar frente á donde era el incendio, que ganaba terreno sin que nadie se opusiese á él de otro modo que con gritos, movimientos y oraciones. En esto llegó el kadí con su guardia armada de cañas de bambú; en un momento quedó la plaza desocupada; una compañía de soldados, ayudados de un centenar de hombres de la mejor voluntad, se repartieron por las casas inmediatas á las que ardian; como eran todas de madera, trabajaron tanto con piés y manos, que al cabo de una hora no quedaba ni resto de ellas. Se encontró, pues, aislado el incendio; entonces á hachazos derribaron los cuatro principales piés derechos de la casa incendiada, que se hundió al punto; inundaron de agua los escombros, y cada uno se marchó á su casa, dejando humear los restos, junto á los que vigilaba un guarda.

Nuestra segunda distraccion, menos peligrosa que la primera, eran los cafés. Como estos establecimientos son profanos, todos pueden frecuentarlos sin correr riesgo alguno, aun cuando fuesen reconocidos; los fumadores de opio, los jugadores de ajedrez y los de mangallah, son los mas constantes parroquianos. Nosotros, como no éramos aficionados á ninguno de esos juegos, pedíamos sencillamente café y pipas; al principio nos habia costado algun trabajo acostumbrarnos al café, que no se prepara en Oriente como en Francia: se le tuesta poco, se tritura en un mortero, y sobre los granos triturados se echa agua hirviendo; y tan caliente como pueda sufrir la infusion el paladar, se traga. Al prin-

cipio tuve la flaqueza de querer echarle azúcar, y pedí lo necesario para hacerlo; el mozo me llevó en la cuenca de su mano un poco de azúcar casi negro; habiéndole pedido una cucharilla para revolver el azúcar, cogió del suelo un pedacito de madera, que me presentó con mucho obsequio. Como entra en mis principios no humillar á nadie, alargué mi taza á pesar de la repugnancia que aquello me causaba, y raspé el palito con mi cortaplumas, á fin de quitarle lo superfluo, con todo lo que conseguí echar á perder completamente mi bebida. Pedí entonces otra taza que me bebí en toda su pureza oriental; le encontré un aroma maravilloso y un gusto exquisito. Lo poco concentrado de aquel liquido permite beber veinte y cinco á treinta tazas al día; obra entonces como tónico, mientras la pipa produce el efecto de una distraccion; así apenas entráis en cualquier parte, os presentan el café y la pipa; el café restaura las fuerzas que ha hecho perder el calor; la pipa hace las veces de la conversacion.

El accidente que estuvo para sucederme en la mezquita de Tayloun, nos alejó momentáneamente de los lugares santos, y resolvimos hacer una segunda excursion fuera de la ciudad. Al pasar por el antiguo Cairo, saludamos un dia al coronel Selves, quien nos hizo presente su deseo de recibir en su tienda á Mr. Taylor, y nos encargó le trasmitiésemos su invitacion. El coronel Selves, convertido en Soliman-Bey, ha renunciado á la religion cristiana para adoptar el culto mahometano, y á sus hábitos franceses para abrazar la vida oriental; á pesar de este cambio en su fe y en sus costumbres, su corazon ha permanecido europeo, y los recuerdos nacionales son todavia sus recuerdos: ha hecho pintar en las paredes de su casa las batallas mas gloriosas de la revolucion y del imperio, y con los ojos y la memoria vive en medio de sus compatriotas; nos habia enseñado todo eso con una triste sonrisa que nos reveló cuánto luto y desventura se habia aglomerado en aquella alma antes de osar ejecutar lo que en Francia se llama su apostasia; nos habia pedido le dedicásemos un dia completo; se lo habiamos

prometido, y una mañana se nos presentó á reclamar el cumplimiento de nuestra palabra. Mr. Taylor encontró su magnífica lancha que se hallaba á sus órdenes en Rondah, para conducirnos á las pirámides de Sakkara y á las ruinas de Menfis; luego, á la vuelta, ibamos á tener una comida á la europea con los oficiales franceses al servicio del virey. Marchamos llevando á Mr. Msara, que era nuestro compañero en todas las expediciones.

Era bueno el viento, el paisaje encantador. El Nilo, llamado por los antiguos el padre de los rios, corria bajo nuestros piés; sus olas, que bañaban nuestra barca, habian mojado las ruinas de Tebas y de Philæ; los hombres que discurrían por sus orillas, iban vestidos como en los dias de Ismael, y las mujeres como en los tiempos de Agar; hubiese sido imposible experimentar el fastidio ni por un momento, aun cuando la conversacion de Soliman-Bey y de Mr. Msara no hubiese revestido de nueva poesia aquellos lugares. El coronel Selves habia conservado de sus gustos franceses la aficion á la caza; hícele, pues, muchas preguntas acerca de los animales que habia encontrado en sus excursiones, y sobre todo, acerca de los cocodrilos que habia ido á buscar mas arriba de la primera catarata.

El cocodrilo jamás llega al Bajo Egipto; hay necesidad de subir hasta Denderah para encontrarle; en los dias de gran calor, y cuando el Nilo está bajo, es cuando sale voluntariamente del agua para calentarse al sol; sin embargo, antes de procurarse ese goce, toma precauciones que prueban cuán perfectamente conoce el peligro á que se expone saliendo de su elemento para invadir el nuestro: comunmente se le ve desde la orilla en los bancos de arena que deja el Nilo al descubierto cuando decrece, permaneciendo inmóvil como un tronco de árbol, y casi siempre rodeado de aves de gran tamaño, que al parecer tienen con él las mas amistosas relaciones; entre estas, una de sus mas íntimas amigas es el pelicano; es al cocodrilo lo que la garza de las lagunas Pontinas al búfalo y á la vaca: extraño compañero cuya simpatia no se puede explicar.

Cuando el cocodrilo no tiene isla donde tomar el sol, se decide á trepar á la ribera; pero en este caso jamás se aleja del rio mas de cinco ó seis pasos, y al menor ruido se vuelve á sumergir en él. En esta ocasion es cuando el pelicano, que tiene un oido muy fino, le presta un grande auxilio: se echa á volar sacudiendo las alas y lanzando agudos gritos, y de este modo previene al cocodrilo, que de un salto se sumerge en el rio. Por lo demas, como está cubierto por todas partes de una escama muy dura, y no es vulnerable mas que por bajo de los brazos, es muy raro que se llegue á encontrar á tiro, y que pueda lograrse dirigir la punteria bastante bien para meterle la bala en el sitio donde le falta aquella armadura natural.

Sin embargo, en la época de la expedicion de Egipto, habia en Denderah un kachef á quien divertia singularmente esa caza; conocia las salidas de los cocodrilos como nuestros cazadores furtivos conocen los pasos de las liebres y corzos, é iba algunas veces cubierto de yerbas acuáticas ó de hojas de palmera, á ponerse en espera dias enteros para espiar aquella singular presa; de ese modo habia muerto siete ú ocho cocodrilos de dimensiones muy regulares, que habia colocado encima de su casa, y que desde lejos parecian una batería; este extraño engaño óptico era por lo demás el único beneficio que sacaba de aquella caza, en la que jamás le sucedió accidente alguno, y en que constantemente habia visto al cocodrilo huir ante el hombre.

Trascurridas dos horas de una deliciosa navegacion, saltamos á tierra frente á las pirámides de Sakkara. Son mas antiguas y por consiguiente están mas deterioradas que las de Gyzeh: sus contornos son irregulares: algunas tienen escalones de pequeña dimension; otras no tienen para llegar á su cúspide mas que diez escalones colosales que parecen contruidos para gigantes; en su base está el suelo cubierto de huesos; no hay mas que excavar en la arena con los piés ó las manos para sacar fragmentos de momias, telas, listones, ídolos pequeñitos, vitrificaciones é insectos. Bajo aquel suelo hay inmensas catacumbas donde yacen los habitantes

de la antigua Menfis, cuya necrópoli ocupaba toda esta parte de la ribera del Nilo.

Además de la catacumba de hombres y mujeres hay catacumbas de animales; encuéntrase en esta gatos, ibis y lagartos; cada uno de estos individuos, que fué en otro tiempo un dios, sin que por esto se ofenda nuestro amor propio, está cuidadosamente empaquetado en sus paños sagrados, herméticamente encerrado como sui fuera un escabeche en puchero, cerrado con argamasa y colocado con las otras divinidades de diferentes órdenes á lo largo de las paredes de la tumba comun. Cogí bajo el brazo derecho un ibis y bajo el izquierdo un gato, que me parecieron por su envoltorio haber pertenecido á la época de los personajes mas notables, y me fui con mi par de dioses á descansar un instante en una cueva cubierta de jeroglíficos maravillosamente conservados en ciertos sitios, y en otros horriblemente mutilados por los viajeros, esos bárbaros de la civilizacion.

Despues de ver las pirámides de Sakkara, fuimos al bosque de palmeras que ocupa el sitio de la antigua Menfis, que dista de las pirámides próximamente una legua. Esa antigua ruina del Egipto no podia elegir para sus cenizas mas magnífico sudario: algunos restos, escasas columnas horadan la tierra con sus ángulos de mármol; y como el genio eterno de aquellas opulentas ruinas, el coloso del rey Ramsés el Grande, conocido de los Occidentales bajo el nombre de Sesostris, está tendido, derribado de su pedestal y cubre con sus mutilados restos treinta y seis piés de terreno.

A pocos pasos del coloso se presenta un monumento bíblico, casi contemporáneo del conquistador cuya estatua está inmediata; es una cueva que los Arabes llaman la prision de José: segun ellos de esta prision es de donde fué conducido el hijo de Jacob, y probablemente subió los escalones que nos enseñaron para ir á palacio á explicar el sueño de Faraon. Por lo demás, esto es muy comun en Oriente; las tradiciones paganas y biblicas se unen; las dos historias se tocan, y tendremos mas de una ocasion de conocer sus recuerdos á un mismo tiempo.

Volvimos por donde habíamos ido, por el Nilo, única vía que atraviesa el Egipto; desembarcamos frente al campo de Strouba y fuimos á casa del coronel Selves.

Nos esperaba la comida. Pero el número de los convidados se habia completado con una celebridad. La contemporánea, que en aquel momento viajaba por Egipto, habia recibido de nuestro generoso compatriota una hospitalidad régia. A los pocos dias habia caído enferma, y todavía bastante indispuesta para dejar el lecho, habia pedido que se pusiera la mesa en su habitacion. Por lo demás, si comia poco hablaba mucho, y no perdimos nada con aquel trastorno de sus facultades.

Al día siguiente comenzamos á ocuparnos de los preparativos para nuestra peregrinacion al monte Sinai, y recurrimos en esta circunstancia á un compatriota, Mr. Linant, jóven francés, que en otro tiempo acompañó á Mr. el conde de Forbin á Siria, y que, entusiasmado de aquel clima, de sus edificios y de toda aquella poesia oriental, se habia quedado en el Cairo, despues de haber llenado sus deberes para con su ilustre compañero que nos habia ofrecido sus servicios para con los Arabes conductores. Habia llegado el momento de entendernos con esos hijos del desierto: fuimos por tanto á recordar á Mr. Linant la palabra que nos habia dado y le encontramos dispuesto á cumplirla. El resultado no se hizo aguardar; á los dos dias se nos presentó una diputacion de la tribu de Onaleb-Saide, una de las mas considerables de la península del monte Sinai, y convinimos el precio con su jefe para ir á buscar á Mr. Taylor á Alejandria y volver al Cairo, reservándonos despues de esta especie de introduccion hacer al regreso un contrato mas formal para mi viaje al Sinai á la vuelta de Suez. Este primer acuerdo fué por la cantidad de cincuenta piastras por dromedario, diez y ocho francos próximamente.

Habia visto entrar aquellos Arabes con sus acémilas en el patio de nuestra fonda, y por la décima vez aquel aspecto me habia dado seriamente que pensar: siempre que habia yo oido hablar de viajes por Oriente habia oido al

mismo tiempo citar los camellos como los vehiculos ordinarios, y cuantas veces habia pensado en aquel animal me le habia figurado tal como le describió Mr. de Buffon con la doble giba que adorna su espina dorsal; de modo que me habia familiarizado poco á poco con esa idea, y á mi vez me habia visto viajando montado en aquel valle natural, que la naturaleza parece haber colocado sobre el lomo de ese interesante cuadrúpedo; pero desde mi llegada se habian rectificado singularmente mis ideas. Desde luego vi que se llama de un modo indiferente al camello dromedario, y al dromedario camello; pero el animal que tiene dos gibas no existe en Egipto. El camello es al dromedario como á un caballo de carga es un caballo de carrera. Este descubrimiento echaba por tierra todo mi sistema de equilibrio: en lugar de un valle tenia una montaña, y aun en vez de servirse de esta montaña como de un punto de apoyo para los riñones, los Arabes han tenido la idea de colocar sobre ella una silla que la hace todavía ocho ó diez pulgadas mas alta, llevando de este modo la altura un viajero de unos diez piés sobre el suelo. Añadid á esto un trote capaz de reventar á un gañan, y os formareis una idea de los encantos de la locomocion oriental.

Esto no era muy agradable á un hombre que en todas sus excursiones se caia por lo regular dos ó tres veces de un burro.

Felizmente tengo por sistema no preocuparme por acontecimientos que no me amenazan en el momento; de modo que teniendo ocho ó diez dias á mi disposicion, abandoné aquella idea y me encontré dispuesto al día siguiente á continuar la vida de molicie y llena de atractivo que llevábamos hacia tres semanas. Otro Francés llamó á nuestra puerta: iba á comprometernos tambien para todo el día. Clot-Bey, el célebre médico, que volvimos á ver despues en París en 1855, y que estaba al servicio del pachá de Egipto, á quien se los ha prestado eminentes, acababa de fundar el hospital de Abouzabel, cuyo establecimiento queria visitar Mr. Taylor, llevándonos en seguida á su casa

para disfrutar de una tertulia á la turca. Adivinase fácilmente que aceptamos de muy buena voluntad. El pachá concede una atención especialísima al hospital de Abouzabel : este establecimiento debe llegar á ser el plantel de sus jóvenes médicos : vimos allí todas esas enfermedades monstruosas del Oriente desconocidas y olvidadas entre nosotros, y que no encontramos mas que en la Biblia : la elefantiasis, la lepra, los hidroceles enormes, el libro de Job todo entero. Cirujanos árabes jóvenes de mirada rápida é inteligente, nos hicieron los honores presentándonos sus enfermos con una solicitud que probaba el deseo que tenían de agradar á su jefe. Clot-Bey, conociendo que este espectáculo, muy interesante para las gentes de la ciencia, no podia ser para nosotros mas que un objeto de pasajera curiosidad, nos hizo pasar al momento á las calles de los jardines ; eran estos verdaderos oasis de lilas y naranjos, donde los convalecientes se hallaban á sus anchas bajo la sombra y en una atmósfera fresca.

A cosa de las dos, Clot-Bey vió que el tiempo se echaba á perder : en consecuencia nos propuso volver á tomar nuestros vehículos y aprovecharnos de la educación que les habian inculcado los Franceses, para volver apresuradamente al Cairo. Pensaba y con razon, que si el huracan nos sorprendia en Abouzabel, tendríamos un mediano deseo de pasar allí el dia ; por otra parte, habia tomado tambien para nuestra *soirée* disposiciones que le llamaban á la ciudad. Hizose el camino al galope ; y en menos de una hora, aunque hay dos leguas sin fin desde el hospital al Cairo, vi con placer que el regreso se verificó sin ninguna separacion de continuidad entre mi cuerpo y el de mi burro ; lo cual me infundió alguna confianza respecto al dromedario.

Mientras preparaban la comida, nos condujo Clot-Bey al baño. He explicado ya suficientemente en el artículo *Alejandria* cómo se verifica esta operacion, para no tener necesidad de volver á hablar de ello ; por lo demás, me habia acostumbrado á ellos, y habia llegado á mi vez á ser uno de los aficionados mas entusiastas.

Volvimos á comer á casa de Clot-Bey ; era una verdadera comida á la turca, con tenedores y cuchillos al lado, cuya concesion se nos hizo : se componia del arroz de rigor, de carnero cocido, pescado y pasteles.

Terminada la comida, Clot-Bey nos invitó á pasar al salon y á tomar asiento sobre un enorme divan ; se nos sirvieron muchas tazas de excelente café, que saboreamos á nuestro gusto ; en fin, nos armaron á cada uno con una pipa, hicieron que se echara á nuestros piés un negro encargado de llenarla, encenderla y vaciarla ; y viéndonos ya acomodados bastante bien, Clot-Bey llamó con las manos, y entraron cuatro músicos.

Confieso que mi primer movimiento fué de espanto : recordaba el concierto que nos habia dado el vice-cónsul, y no queria oír segunda vez semejante algarabia. Dirigí una mirada investigadora á los instrumentos, que por su forma no me parecieron de un aspecto capaz de tranquilizarme : el primero era el famoso tambor de ancha caja, con el que habia hecho ya conocimiento en nuestra lancha ; el segundo un violin cuyo mástil descansaba entre las piernas del músico, y los otros dos una especie de bandolines de desmesurado mástil. Los impios tenían además una voz que reservaban en aquel momento, pero que no tardarian en darnos á conocer.

Acababa de comenzar el concierto, que prometia no ceder en nada al que habiamos oido, cuando de repente distrajó nuestra atención la presentacion de una especie de Gillos vestido de blanco : llevaba un traje mas corto que el de los Orientales y tenia la cabeza cubierta con una especie de sombrero de fieltro flexible como el de un Pierrot. Iba delante de cuatro mujeres, que al punto conocimos eran bailarinas : eran las *Taglioni* del Cairo. Desde aquel momento prescindimos de la música, y toda nuestra atención se fijó en las huris que nos bajaban del cielo.

Iban vestidas con un elegante y voluptuoso traje : la parte mas alta de la cabeza la cubria un *tarbouch* ricamente bordado y adornado de pedreria por bajo del que

salían los cabellos trenzados en multitud de trencitas, largas y delgadas, adornadas de cequíes de Venecia horadados por el borde y colocados tan cerca unos de otros, que se cubrían como escamas. Algunas de estas trenzas caían por delante; pero la mayor parte flotaban por detrás velando los hombros como un manto de oro espléndido y tentador. El cuerpo estaba ceñido por un corpiño cortado en forma de vestido de montar escotado en la parte anterior, uniéndose el escote junto á la cintura con una graciosa curva que deja el pecho completamente desnudo: desde el talle á los piés la falda está suelta y flotante: las mangas cortadas por el mismo gusto; cerradas á trechos por la parte superior, se ensanchan en el codo, están abiertas un poco mas abajo y cuelgan hasta el suelo; cubre sus piernas un pantalon turco, caprichoso en sus pliegues y en su forma que deja el pié al descubierto, y en cuyas presillas de oro va á perderse una camiseta verde ó azul, fina y trasparente como una red. Un chal de cachemir anudado con descuido á la cintura y cuyos dos extremos caen por delante con desigualdad, completa este traje, que por mas sencillo que parezca es de un inmenso valor: el *tarbouch* solo, suele costar diez, veinte, y hasta treinta mil francos.

Además tenían, como muchas mujeres turcas, las uñas de los piés y de las manos dadas de encarnado con *henni*, el borde de los párpados teñidos de negro con el *hrol*, lo que daba á sus ojos un brillo extraordinario, y el talle tan flexible, tan estrecho, que creo que mis recuerdos de Occidente no me presentaban verdaderamente nada que pudiera compararse.

Aquella inesperada entrada, el aspecto pintoresco, el nombre poético de *almea* que llevan, produjeron al instante mismo un efecto de los mas lisonjeros para las recién llegadas: reinó el silencio mas profundo, y mientras Clot-Bey, acostumbrado á aquel espectáculo, continuaba fumando tranquilamente su pipa, las nuestras salieron de la boca y aplaudimos como se hace en Paris al presentarse en escena un actor de fama.

Por su parte, las bailarinas, para responder á nuestra galantería, se colocaron en una misma linea las cuatro, avanzaron despues mesuradamente meciéndose con molicie y dejando oír un canto suave y voluptuoso que los músicos acompañaban muy piano. Así que llegaron junto á nosotros, empezaron á bailar y se volvieron otra vez dándonos la espalda: entonces las que formaban las alas se adelantaron y las cuatro se cruzaron formando figuras ingeniosas, sin ser, sin embargo, ni rápidas ni variadas. Hasta entonces conservaron en sus movimientos actitudes sencillas y nobles, como las estatuas antiguas. No obstante, poco á poco fué animándose el baile, los movimientos se hicieron mas rápidos y voluptuosos, los cantantes elevaron la voz, las actitudes tomaron un carácter lascivo, el bufon se mezcló en el baile y ejecutó en medio de él posturas obscenas: en fin, payaso y bailarinas, excitados cada vez mas por el canto y la música, llegaron al paroxismo de la pasión mas vehemente y mas desordenada. Entonces la voz venció á la música, los aficionados cantaron acompañándose una canción excitante y lúbrica; entre las cuatro mujeres y el hombre hubo una lucha de bacantes y de sátiros. En fin, anhelantes y con los cabellos en desorden, se arrojaron sobre nosotros rodeándonos con sus convulsivos brazos y deslizándose como serpientes bajo nuestras grandes batas orientales.

Este es el momento en que se las paga; esas caricias impuras es su cuestación: entonces uno pone entre sus labios un cequí que ellas cogen con los suyos; otros ponen sobre sus rostros y sus pechos, inundados de sudor, una mascarilla ó una coraza de pequeñas monedas de oro que van á echar ellas inmediatamente en un aguamanil de plata. Aquí es donde los musulmanes ganan reputación de avaros ó de magníficos.

A este primer acto sucedió una aria. La música tomó un carácter dulce y risueño y se oyeron versos de un ritmo sencillo: una doncella se pasea en un eden delicioso y coge flores para hacerse un ramillete. La poesía es rica y pri-

morosa como el verjel que recorre la niña; describe todo; la mariposa con sus tornasolados colores, el ruiseñor con sus suaves trinos, el dorado sol, vida y luminar de la naturaleza; y toda la pantomima, todas las posturas de la doncella, siguen verso por verso, estrofa por estrofa, el canto y los músicos. De repente se espanta de una avispa irritada porque ha cortado la rosa sobre la que estaba posada; la espanta y vuelve á coger otras flores; pero la avispa la acomete otra vez; los cantantes rien, la doncella se quita su cinturón; pero la avispa evita los inciertos golpes que la dirige y los músicos se burlan de la jóven. En aquel momento, á pesar de tener cruzados sus brazos, la avispa se introduce en su pecho; entonces la jóven en su espanto se despoja precipitadamente de su bata, su camisa, su flotante pantalon, y queda desnuda. Pero la avispa continúa tenaz atacándola con furor; los músicos prorumpen en una carcajada: la doncella huye, da vueltas, salta y se arroja por tierra, dando unos quejidos con una pasión, con un delirio, una voluptuosidad, un frenesi que os alucina: es un efecto mágico, un sueño, una magnetización. Por último, como para pedir socorro, se lanza de un salto junto al espectador que la inspira mas confianza por su destreza, se envuelve en su vestidura, se apoya sobre su pecho, y oculta la cabeza y los hombros con su manto de cabellos.

Esta escena es comunmente el desenlace de la representación, la bomba de los fuegos artificiales. El privilegiado termina dando cequies: así es que una fiesta de bailarinas cuesta en general muy cara: es un placer de gran señor, y el amo de la casa no le proporciona á sus convidados sino costándole al menos dos ó tres mil piastras. Por este precio, no habiendo mucha delicadeza con respecto al color, se podrian comprar seis ú ocho esclavas.

## X.

## LA CIUDAD DE LOS CALIFAS.

Un dia, en el momento en que íbamos á comer, oímos un gran ruido de hombres y dromedarios; nos asomamos á la ventana de nuestro comedor, que daba á un patio interior, y vimos á Mr. Taylor. Habiendo salido de Alejandría la vispera por la mañana, habia recorrido con la rapidez de los corceles árabes las cuarenta y cinco leguas de desierto que dista esta ciudad del Cairo.

Su negociacion habia terminado; sin embargo, habia experimentado mas dificultades que lo que en un principio habia creído. Por mas diligencia que empleó, por mas que cuidó de guardar secreto, el proyecto se habia traslucido, la Inglaterra se adelantó á la Francia, y los dos obeliscos que iba á buscar Mr. Taylor, habian sido prometidos á la Gran Bretaña: Mehemet-Áli tenia el mayor deseo de dejar satisfechas á las dos naciones, y no quería otra cosa que ponerlas acordes. El viaje anterior de Mr. Taylor, y el estudio que personalmente habia hecho sobre el terreno de los monumentos antiguos, le sirvieron en esta ocasion de grande utilidad: conocia el Egipto desde 1828, é hizo observar que datando el negocio desde aquella época, la prio-



ridad pertenecía á su petición. Despues, para conciliarlo todo, ofreció dar á Inglaterra, en vez de los dos obeliscos de Louqsor, el de Karnach, que es mayor; todavia se ofrecieron algunas dificultades, pero se añadieron dos esfinges como compensacion, y los dos obeliscos de Louqsor y el de Alejandria fueron cedidos definitivamente á la Francia.

Llegaba, pues, muy satisfecho Mr. Taylor de haber terminado su negociacion, y deseaba vivamente continuar el viaje; así que, á propuesta mia, se fijó por unanimidad la partida para el dia siguiente al anocheecer.

En la mañana de aquel gran dia, fuimos con nuestros Arabes á casa del vice-cónsul de Francia, Mr. Dantan, para hacer nuestro convenio en presencia de un testigo: en primer lugar, se fijó el número de acémilas y personas; despues se abordó la cuestion principal: tratábase de saber o que se pagaria á las unas y á las otras por el viaje, que entre ida y vuelta debia durar poco mas de un mes.

Las discusiones son el triunfo de los Arabes: amables, tenaces, impalpables, se deslizan siempre sorteando vuestras razones, que aparentan no comprender, ó que combaten con argumentos á los que vuestra ignorancia de los lugares y de las costumbres os impide tener nada que oponer; temiendo siempre pedir muy poco, exageran sus pretensiones, á fin de que aun cuando rebajen algo, dándose la importancia del que hace un sacrificio, todavia sean retribuidos en doble de lo justo. La principal razon que opusieron á la rebaja que proponiamos, fué que la península del monte Sinai era recorrida por tres tribus diferentes, y que habia un convenio entre ellas, por el que la que acompañase á los viajeros no seria inquietada por las otras; resulta de aquí, segun ellos, que no obteniéndose esta neutralidad sino á precio de oro, la cantidad que nos pedian, por excesiva que nos pareciese, era sumamente razonable, puesto que despues de separar de ella la parte que correspondia á las otras dos tribus, lo que les quedaba á nuestros conductores bastaria apenas para costear el

gasto de los hombres y caballos. Como se ve, era uno de esos argumentos irrecusables á los que nada hay que contestar: pasamos, pues, casi por todo lo que quisieron, y la única concesion que obtuvimos fué que se mantendrian á su costa en el viaje, no teniendo nosotros nada que ver con sus provisiones de boca; la manutencion de los dromedarios era de nuestra cuenta.

Terminado el ajuste, Mr. Dantan, que habia asistido á él, nos advirtió no formásemos una absoluta confianza en las amistosas relaciones de la tribu *Onaleb-Saide* con las otras poblaciones; pero era una tribu valiente y fiel, que llegado el caso *nos ayudaria á defendernos*. Por tanto, nos aconsejó Mr. Dantan no olvidásemos en nuestro equipaje las armas, y entre nuestras provisiones el plomo y la pólvora.

Los Arabes, que seguian con mucha atencion la palabra á M. Dantan, y que no pudiendo comprenderle espianaban su traduccion en nuestras fisonomías, conocieron que fuera lo que quisiera lo que decia, no les era favorable. Su primera idea fué que nos arrepentiamos del trato que acabábamos de cerrar, y que buscábamos un medio de romperle: inmediatamente uno de ellos, que se llamaba Bechara, y que hablaba un poco el francés, se acercó á nosotros, y como si no reparara en que nos interrumpia, nos brindó á ir á ver los dromedarios. Sin saberlo, me habia cogido por el flaco. Seguí, pues, á Bechara, que me condujo al patio y se paró frente á nuestras acémilas, suplicándome observara que habia dromedarios de dromedarios; que los que nosotros ibamos á probar eran verdaderos *haghins*, ligeros como gacelas, fuertes como leones, dóciles como corderillos; que cada uno de ellos tenia su genealogía tan en regla como la de los caballos árabes mas nobles y antiguos, y que podríamos ir detrás de ellos por el desierto sin ver la huella de sus pasos sobre la arena; tan rápida era su marcha.

Esta asercion, preciso es confesarlo, parecia confirmada plenamente por la simple inspeccion de los desventurados

animales que eran objeto de aquel elogio; su demacracion era un verdadero fenómeno; su piel, que parecia haber pertenecido á un animal dos veces mas grueso que ellos, cubria con sus flotantes pliegues una especie de esqueleto de acero, del que se podian examinar todos los resortes. Por lo demás, su fisonomía indicaba bondad, y el anillo de hierro atravesado por sus narices me parece que debia reemplazar ventajosamente la brida, de modo que aparte su desmesurada talla, no tenia ningun motivo formal de queja.

Comenzaba ya á apiadarme de nuestros futuros compañeros de viaje: su ponderada sobriedad estaba impresa en todo su cuerpo; pero naturalmente aquella conmiseracion hizo nacer en mí la duda acerca de la continua salud de aquellos desgraciados animales. Entonces los Arabes levantaron el grito á coro, y Mohammed se puso de su parte. Todo lo que me inspiraba temor era para ellos un motivo de seguridad, todo lo que me parecia un defecto era mirado por mis interlocutores como una perfeccion. Ví que no quedaria encima, y me guardé mis reflexiones; mas en realidad me parecia no haber visto dromedarios de una talla tan gigantesca.

El baron Taylor y Mayer se acercaron á mí: era urgente comprar provisiones; dejamos para la noche la conclusion del trato, y les pedimos á los Arabes la lista de los objetos necesarios. Por poco considerable que fuese esta lista, nos obligaba por su diversidad á recorrer todos los bazares del Cairo, teniendo presente la especialidad de cada comerciante y de cada barrio, que jamás se intrusa en la especialidad del mercader y del barrio inmediato.

Hé aquí la lista de esos objetos, la cual dará una idea de la sencillez de costumbres de la vida nómada, que ha reducido las necesidades de los viajeros á las mas estrictas necesidades de la vida:

Barriles para el agua.

Botas de cuero para colgar en la silla, á fin de beber caminando sin hacer detener á la caravana para abrir los barriles.

Arroz para tres personas, á la ida y á la vuelta: nos dijeron que lo encontraríamos en el Sinai, pero preferimos tomar nuestras precauciones en el Cairo.

Harina para el pan.

Habas para los dromedarios.

Dátiles: es la fruta que se conserva mejor en semejantes viajes.

Mich-mich: recuérdese aquella pasta de albaricoque secada al sol, que se arrolla como piezas de lienzo, de que hemos hablado tratando de los bazares de comestibles, y que se vende por varas; es una provision cómoda de trasportar, porque no ocupa mas sitio que un maletin, y cocida en agua forma una excelente conserva.

Tabaco para dar tanto á nuestra escolta como á los Arabes que pudiéramos encontrar.

Leña para guisar.

Café para neutralizar la traspiracion de que estábamos amenazados.

Azúcar para regalar al convento.

Una tienda para librarnos del ardor del sol y del fresco de las noches.

En fin, vasijas de hierro para preparar nuestros alimentos, porque las de barro no podrian resistir diez minutos el trote de los dromedarios.

Este último artículo me recordó mi idea fija: entre las cualidades de los *haghins*, habia olvidado Bechara ponderarme aquel trote formidable, y me pareció, por poco halagüeña que fuese la comparacion, que estábamos destinados á representar el papel de pucheros.

Entretanto, como se trataba de recorrer una porcion de bazares en dos ó tres horas, me apresuré á hacerlo; nos dirigimos inmediatamente á la estacion mas próxima, y montamos en aquellos apreciales cuadrúpedos que tantos servicios nos habian prestado, y que apreciaba yo mas todavía en el momento de separarme de ellos para hacer conocimiento con nuestras nuevas monturas; en seguida empezamos nuestra oxford. A medida que comprába-

mos, Mohammed iba enviando las mercancías hácia el cuartel general; á las tres habíamos terminado todas nuestras compras. Se me olvidaba decir que á la lista de nuestras provisiones habíamos añadido las velas, á fin de poder dibujar despues de puesto el sol.

Nos despojamos de nuestras babuchas y marcupas, y las reemplazamos inmediatamente por unas botas encarnadas, altas, trabajadas en Marruecos, y que son flexibles y ceñidas como medias de seda: además del turbante, llevábamos por la cabeza un pañuelo rayado de amarillo y encarnado, cuyas dos puntas, que colgaban por ambos lados de nuestro rostro haciéndole sombra, estaban adornadas con borlitas de seda cubiertas de plata afiligranada; en fin, ataviados de esta suerte volvimos al barrio franco para presenciar el embalaje de todas nuestras compras, rendidos de cansancio, pero decididos á salir aquella misma noche.

Encontramos casi terminada la tarea; los Arabes son las gentes mas listas para empaquetar que conozco: todo estaba arrollado, atado y cerrado cuando llegamos, y cargados nuestros cuatro dromedarios destinados al bagaje. Entonces Mr. Msara, viendo que el resto de la operacion se verificaria perfectamente sin hallarnos nosotros, pues la primera parte se habia hecho en nuestra ausencia, nos aconsejó aprovechar el tiempo que nos quedaba para ir á pedir cartas de recomendacion al convento griego del Cairo, que es una sucursal del monte Sinai. El consejo nos pareció bueno y nos pusimos en camino para seguirle; pero á las tres ó cuatro calles nos encontramos el camino obstruido por una procesion nupcial: la desposada, montada en un burro, iba herméticamente encerrada en una gran tela de seda; cuatro eunucos llevaban un palio que sostenian por encima de su cabeza, y una porcion de mujeres cubiertas con velos como ella, la seguian haciendo con la boca un ruido especial á las mujeres árabes, que consiste en un chasquido de la lengua contra el paladar, y que en esta ocasion, como en todas las que se trata de felicidad, era la expresion de la alegría. Esta melodía formaba los intermedios de una música mas bárbara

todavía; cuando cesaban, una docena de cantores, acompañándose con los instrumentos ya descritos, entonaban canciones mas que anacreónticas, las que juglares y payasos se encargaban de traducir con las actitudes mas significativas á los que como nosotros tenian la desgracia de no comprender el idioma. Toda aquella comitiva, ya considerable en sí misma, iba seguida por tal multitud que alzándonos sobre nuestros estribos no podíamos ver el fin. Calculamos por el paso con que avanzaban que todavía tendríamos que aguardar una hora cumplida; era perder demasiado tiempo: dejamos á Dios el cuidado de recomendarnos, y volvimos piés atrás. Encontramos á nuestros Arabes dispuestos y los dromedarios cargados: no nos quedaba, pues, ya mas que concluir el trato; consistia este por nuestra parte en las prendas que habíamos de dar, y por la de los Arabes en la entrega de los rehenes que debian dejar en el consulado para responder de nosotros. Estos rehenes, cuyas cabezas debian tener la misma suerte que las nuestras, eran dos guerreros de la tribu con sus cabalgaduras; hicimos presente que éramos tres y que por lo tanto se necesitaban lo menos tres Arabes para representarnos; pero nuestro jefe contestó que dos de nosotros estaban representados por los dos guerreros y el tercero por los dromedarios: buena ó mala, preciso nos fué contentarnos con esta respuesta, solo que el equivalente era poco lisonjero para nuestro amor propio; sufrida aquella humillacion, Mr. Dantan, Mr. Msara, y Mr. Dessap, que habian querido asistir á nuestra partida, nos dieron el abrazo de despedida; en seguida se encendieron las antorchas y nos llevaron los caballos de que nos debíamos servir en la primera jornada, porque temian que la poca costumbre que teníamos del trote de nuestras cabalgaduras nos causase algun accidente en las estrechas y tortuosas calles de la ciudad. Esta precaucion, tomada por Mohammed, me hizo tomarle verdadera amistad; por fin, á las nueve de la noche montaron los Arabes en sus dromedarios y nosotros en los caballos; en seguida salimos majestuosamente de la fonda alumbrados por las antorchas de nuestros guias, que mar-

chaban delante de nosotros, y atravesamos el Cairo con grande admiracion de sus habitantes, á quienes el esplendor y extrañeza del espectáculo sacaba de sus casas á pesar de su indiferencia ordinaria.

Salimos por la puerta de la Victoria, la mas próxima al barrio franco : luego volvimos á la derecha costeano las murallas de la ciudad; y despues de una hora de marcha nos encontramos cerca de otra poblacion, poblacion de muertos, mas bella, mas rica, mas monumental que la que dejábamos, necrópolis de los califas donde los tenientes de Sallah-Eddin y los descendientes del mameluco Beg-Bars yacen en sepulcros de pórfido y mármol, al lado de la mas rica y alta aristocracia del Cairo; habíamos reservado esta exploracion para nuestra primera parada y no podía haberse elegido mejor hora para visitar sepulcros.

Dejamos, pues, á nuestros Arabes levantar las tiendas y ocuparse del campamento; nosotros llevamos á los cuatro que tenian las hachas y nos dirigimos á pié hácia la fúnebre ciudad que veíamos ante nosotros como una negra masa en medio de la que no podíamos distinguir ninguna forma ni contorno.

A los doscientos pasos el resplandor de nuestras hachas se reflejó en la pared de un vasto y rico monumento, cuya base, iluminada por una luz trémula, dejaba ver los versículos del Koran que la rodean como listones sagrados, al paso que la luz, disminuyendo á medida que se llegaba, cortada de repente por las cornisas y los ángulos salientes que proyectaban su sombra, se perdía antes de llegar á la cima de los madenehs, cuyas doradas medias lunas brillaban como un astro en el cielo.

Llamamos á la puerta del monumento; al oír aquel ruido inusitado en semejante hora, los gavilanes que dormían al abrigo de los arabescos de piedra, se despertaron y emprendieron su vuelo dando agudos gritos. Prolongados aullidos los contestaron, y por un momento creímos que los perros y las aves de rapiña eran los únicos habitantes de la necrópolis : mas no tardamos en oír pasos humanos : cambiaron

nuestros Arabes algunas palabras con el que se adelantaba; por fin, se abrió la puerta, y el huésped de la muerte apareció en el dintel de aquel espléndido sepulcro.

Era un anciano de una sobriedad de palabras completamente musulmana : luego que supo el motivo que nos conducía allí, nos hizo seña de que entráramos, nos indicó las diversas partes del edificio; luego nos llevó al panteon, cuyas paredes estaban adornadas con flores de mosaico del trabajo mas elegante; el sarcófago era de granito perfectamente conservado. Sin embargo, nosotros no queríamos ver un sepulcro solo; participamos al anciano nuestra intencion; nos hizo seña de que estaba á nuestras órdenes; salimos del monumento y bajamos á la calle. Allí encontramos á los gavilanes, los cuales inmediatamente que volvieron á ver la luz lanzaron de nuevo agudos gritos y empezaron á girar tan cerca de nuestras antorchas que atravesaban por entre el humo que despedían; al mismo tiempo millares de perros errantes, que por el dia van á ganar su vida en las calles del Cairo y por la noche van á buscar un asilo entre las tumbas, nos rodearon y nos siguieron aullando. Despertados por aquellos gritos y aquellos aullidos, que protestaban contra la vida y la luz, tan insólitos en aquel sitio y á aquella hora, Arabes beduinos, de esa raza indomable que se creeria prisionera si la encerrasen las puertas de una ciudad separándola del desierto aun durante su sueño, se levantaban envueltos en sus albornoces de las escaleras de las mezquitas ó de los huecos de los sepulcros, y parecían con sus blancos sudarios las amostazadas sombras de aquellos cuyo reposo íbamos á turbar. En medio de aquel siniestro acompañamiento y de aquellas fúnebres apariciones, llegamos á un sitio retirado donde nos enseñaron los sepulcros de los *Djezam*, rama de la tribu árabe de *Kholem* que se estableció en Egipto cuando la conquista musulmana. Dos monumentos se elevan suntuosamente sobre los demás : eran las tumbas de dos hombres célebres por su hospitalidad y su munificencia; el uno, que se llamaba Tharif, tenía diariamente á su mesa mil convidados que le llevaban sus esclavos situa-

dos en las diferentes puertas de la ciudad; el otro, que se llamaba Mhuenna, á falta de otros combustibles, quemó un día para disponer la comida á los viajeros que se habían detenido bajo su tienda, un rico botín que acababa de coger á sus enemigos; habíaseles dado á sus cadáveres aquella magnífica hospitalidad que habían ejercido ellos durante su vida, y yacían en sepulcros espléndidos y vastos como palacios.

Al salir de aquel monumento, visitamos el último que nos pareció el mas antiguo de todos los que habíamos visto; sus paredes estaban llenas de grietas en toda su extension y en muchos sitios abiertas; por encima de una de aquellas hendiduras, nos hizo observar Mohammed trazada por un poeta persa, esta sentencia que nos pareció bastante clara: « Cada grieta de este antiguo edificio es una boca entreabierta que se rie de la pompa pasajera de las mansiones reales. »

Habíamos empleado dos horas próximamente en la ciudad de los muertos, y habíamos visitado los mas hermosos edificios; ya era tiempo de reunirnos á nuestros Arabes: nos dirigimos pues hácia el primer sepulcro que habíamos visitado, escoltados siempre por los gavilanes, acompañados de los perros, costeando las fantasmas; sin embargo, como si aquel fantástico cortejo fuese detenido por un poder superior en su fúnebre ciudad, se detuvo en la puerta que daba á la llanura de los vivos; nos despedimos de él sin pesar para volver á nuestra tienda. Todavía oímos por algun tiempo los gritos lúgubres de las aves y el aullido de los perros; despues tranquilizados por el silencio y la oscuridad, las unas volvieron á ocupar sus nidos de mármol, los otros sus camas de granito; de modo que al poco tiempo cesó todo rumor, y ningun ruido turbó ya el eco de la ciudad mortuoria, cuyo sueño eterno habíamos interrumpido por un momento.

A nuestro regreso, encontramos á los Arabes sentados en círculo al rededor de una fogata que habian encendido, y se referian historias. Detrás de ellos, sus camellos, tendidos y confundiéndose con la arena cuyo color tienen, formaban

un segundo y mas extenso círculo; nuestra tienda se habia levantado á un lado; era el momento de dirigir una mirada en conjunto sobre aquellas gentes que debían acompañarnos, y en detalle sobre aquellos hombres á quienes habíamos confiado nuestra vida.